

El retorno

Diana Rona

In memoriam

EN LA TRASTIENDA de la memoria yacen nuestros muertos;
fantasmas recortan posiciones y eliden espacios.
Un andar que arrastra calzado ajeno,
dibuja rumbos jamás desandados, insidiosos.
El hombre añora en búsqueda estéril; malabares pergeñados
sin descuido, construyen la trama enigmática de su vida.

Amores de antigua escritura, desfilan la pasarela del olvido,
en un desencuentro de tiempos. Amparados en la inmediatez,
existen los personajes de un argumento desconocido.
Dolores inmunes al tiempo, mastican incansables, la roída memoria
—olvidada de sí misma.

Y aquel saber inescrutado, contornea la nostalgia en un movimiento
que se detiene en tropiezo: llama lo innominado.
La pregunta abre camino. Huellas enmarcan una escena sin imagen,
vacío insinuado.
Un interrogante vacila, sin destino, apabullado de palabras.

La magra cartografía lanza una involuntaria búsqueda.
Esa síncopa, hueco engullido, produce en un discurso cuidadosamente
agujereado, el anclaje del sujeto. Y aquel sitio que la cavidad denota,
orienta las condiciones que produjeron la ausencia.

Aún eclipsado en la opacidad de una dolencia,
 reluce el borde de la repetida deriva.

La gramática de voces anuncia posiciones, en las que un sujeto
 inscribe, en orillas de su cuerpo, las claves de su enigma.

*

*Volvió a ocurrir. La necesidad llevaba el trabajoso límite de
 la intimidad. Quedó suspendida en la desmemoria de ese olor;
 mientras la situación la acorralaba. El nudo de la enloquecida
 garganta, se escurrió musitando una imbécil excusa.
 Salió; en su mano transpiraba, delgado, su sueldo en un sobre.*

*Otras calles la sorprendieron oliendo un abrigo, cortesía de la casa
 —creyó escuchar apremiada por otras manos.
 Y ese invierno, trajo otros...*

*...Aquella indecible angustia largamente sofocó sus días. Las noches
 tampoco prudentes, enmarañaron su cama de sueños: aún niña
 y atenta, el mate le acercó un exceso, en su perfume; en otro, la reja
 lo vio partir. Ahogado, el llanto reconoció la insuficiencia del gesto.
 El despertar la encontró limpiando, con furia, algo en su mano.*

*La terca memoria rodó nuevamente la escena, en otro despacho;
 un aire pestilento remedó su figura. Su viejo deudor cobró tamaño...*

* *

*La crueldad que vapuleaba al niño, creció de viejos amores.
 La detuvo su hija, en un malestar que deslizó interrogantes.
 El tiempo languidecía revolviendo la historia,
 cuando se vio en una imagen.
 Gatillada la angustia, se instaló la espera.*

*Halló su linaje en un estante de almacén, y embebida
 le anunció su búsqueda. El silencio respondió, en él, invariable.
 Inútilmente, le ofrendó su muerte, en la locura.
 El vacío de recursos se colmó, luego, de palabras aún incongruentes.*

*En el desmonte se insinuaron huecos de otra talla; aquel claro llamó
el recuerdo de esa frase: "Cuando mojaba la cama, no me tocaba..."*

*...Su pintura capturó en líneas de mirada, los caprichos de su madre.
En posiciones, oscilaron los momentos: frente al postigo,
la vereda anunciaba largas esperas; eternizada en la calle,
la ventana le enrostraba, otras presencias...*

*El resguardo del abuso recubrió, la ira desatada sobre el niño.
En su hija, aquel dolor, modeló una impiadosa usanza.*

* * *

*Un padecer la oprimía a su lado, robándole certezas.
La duda pendular, habitó ese sitio.
La crianza protegió ese simulacro; y en una sospechosa sordera,
lo apañó por años.
Un día, la desmesura irrumpió la casa y lo llevó de su lado...*

*La memoria, liberada de un largo silencio, recobró escenas.
Las huellas borradas forjaron recuerdos —encubiertos.
...A los ocho jugaba entre andamios, cuando una sombra
tomó cuerpo en la caricia artera...
Una culpa hizo enigma en su silencio.
... Al amparo de su hermano, en bicicleta traspuso el vallado,
a los cuatro... Largamente sufrió ante la visión del castigo repetido.
Luego, él se alejó.*

*Denunció por años una complicidad absurda,
alojada en su propia prisión, junto a su hombre.
El malestar en los hijos, fue acortando su condena.
El estigma aún la acompañó, en un otro tiempo...*

El repetido retorno inscribe las trazas de un olvido.
Mientras, un dolor prolifera sin sentido, a la espera...
Aliterada, la historia desmerece su tiempo:
la verdad habla allí, a condición de no todo decirlo.

El discurrir delibera en ficciones, el imposible saber acogido;
cierta sordera anuncia en la escucha: que se dice, tras ese dicho.
Aquella ausencia incommovible, cifra su retorno en un saber elidido.

Bajo un malestar halla exutorio aquello que,
exiliado se silenció en los dichos.
Y aún, desamarrado de su origen, permanece fiel a su destino.
Esa cadencia en que resiste, inalterable, un estilo,
hace un giro al producirlo bajo algún otro designio.

*

*...Y sesgó la intimidad del amor, confesando una sospecha,
en la repetida escena.
Inevitable, el abandono tomó el cuerpo del abuso,
y condujo el hartazgo.
Un aire grotesco, aún habitaba el espacio...*

Sin premura, los años disolvieron esa obstinada presencia.

*El pertinente silencio, luego, cobró presa en una promesa
que cobijó su solitario tiempo.
La perdió, insaciable, aquel imperioso hueco.
Lo inefable, se confirmó en presagio...*

*En la astenia, el desinterés hizo camino,
y buscando el olvido, se entregó al trabajo.
Un viraje sustituyó la necesidad, en eficiencia, legitimando el pago.
La abstinencia construyó distancia y el auspicio de otro paso...*

* *

*...Marcadas, heridas, eligieron un hombre. En su ternura,
crecieron los hijos y cierto desamor. Retaceó el encuentro de los cuerpos,
y en el límite del dolor, ejerció una pasión desenfrenada.
Padecía, luego, el desapego —con identidad dantesca;
se sosegaba en el abandono.*

*Inconmovible, un estilo dibujó sus actos;
y en la gramática, el verbo escogió en la voz, a su madre.
Modeló una tortuosa figura; vagó la vida.
Negada al trabajo armó, en la abulia, una caótica economía.*

[...No recuerdo las etapas de mi regreso... Nada más puedo recordar. Ese olvido, ahora insuperable, fue quizás voluntario; quizás las circunstancias de mi evasión fueron tan ingratas que, en algún día no menos olvidado también, he jurado olvidarlas...

JORGE LUIS BORGES, "El Inmortal"]

Septiembre de 1998

Inclémencias

Diana Rona

EL DÍA SORPRENDE los sueños.
Perturbadora, la llamada en la puerta
toma mi imagen y la impone en el espejo.
Discurro sobre los beneficios de la higiene matinal
y me convengo que no ha pasado tanto desde que aún me gustaba,
cuando me anuncian: el paciente. De un modo apacible
llevo el "ya va" a que no suene poco creíble.
Mientras decido ya es tarde: salgo.
Cerca de la zona de riesgo, me alegra pensar que todos duermen.
Mascullo algo acerca del día, a veces chisteo acerca de las bondades
de la tracción a café, pero siempre me anticipo al comienzo.
Me pregunto si ellos saben del temor siempre renovado.
Los años esfumaron los primeros pasmos, al faltar el sesgo ingenuo,
sé que irremediabilmente voy a poner mis vísceras a escuchar.
Hoy, y también ayer, estoy cansada.

Lo despiadado de este quehacer me quiebra.
Tal vez cierta inconsciencia en alternancia, es la que me permite
sentarme tantas horas a pensar lo que no se piensa.
Al verlos llegar voy ajustando las ideas...
Éste último tiempo el abatimiento se apoltronó; creí que había
sido por la irrupción de la locura la madrugada del sábado cuando
el teléfono calzó calibre 38 y estalló la impunidad de mano
de los últimos atisbos de aquella transferencia fisurada. Quizás.
Aún cuando se cerró amablemente la cuestión, resté como escenario
devastado por la contienda; creo igualmente que no fue eso...

Cierto narcisismo nos hace impermeables, la insistencia de las citas aventan fantasmas de no vigencia. Nos conformamos con poco. Ilusiones enfundadas en letra de molde anunciando perpetuidad, algo de aquella pastoral, tan denostada por Lacan al lanzar su Ética, y mucha pasión; nos detienen de abandonar. Ésa pasión corroe mi tiempo y casi sin notarlo desliza en angustia. Hubo un tiempo en que era la idea de estar en la vidriera, a la vista de cualquiera, lo que me asfixiaba. La obligatoriedad en la imagen no era, ni es, mi fuerte. Ahora es la permanencia del cansancio la que llama a la escritura; creo que aún es temprano. Evoco el último escollo del guerrero, impecablemente vencidos el miedo y el poder, el cansancio tal vez sea su más dura batalla.

Buscando el acontecimiento, en la trama de sucesos que diseñan el dolor y la angustia en los relatos, llego cada noche al límite. Los legos suponen que cargamos el peso de la historia, algunos colegas lo sostienen, al mantener ingenuamente una distancia. Nuestros maestros jamás supusieron estar tan ausentes como para que, luego de una década, los más fervientes acólitos del psicoanálisis buscaran una alternativa a tanto desinterés, como lo leen algunos de nuestros detractores.

Cuando jóvenes, es cierto, nuestra impericia nos sumergía en los avatares del relato; travesía de escenas superpuestas que el control trataba de deslindar. Diferencia no sin costos personales, ya que quedábamos en posición para recibir diversos sesgos interpretativos. Luego por necesidades intrínsecas a la labor analítica, debimos devanarnos los sesos para cercar el campo del control y elidir el análisis de aquella gestión del supervisor. Una vez duchos en la técnica que trabajosamente hilamos de la teoría, aprendimos a leer en los dichos los caminos del decir. Trazamos mapas en busca de aquella encrucijada que lanzó al paciente a tejer su modo entreverado para que el síntoma dijera.

Tanto la usual cadencia circular de la demanda, como las esporádicas formaciones del inconsciente, nos proporcionan esa ruta para salvar

al análisis de encaminarse hacia el lazo social, en una escena
en que la intimidad podría jugarnos una mala pasada.

Esa tarea agotadora la saldamos cada día al trasponer el umbral
de lo cotidiano.

En un acto en que la creación no falta, convertimos aquel argumento,
a veces signado por el tedio que enuncian las obsesiones, otras bajo las
incógnitas del andar lacunario histérico, en algo que interroque al sujeto.

Evito abandonarme a la inercia de un relato que avanza sin pena
ni gloria; aún bajo la complacencia del paciente.

La pregunta, la interrupción, el giro obligatorio en la lógica
del discurso, son acrobacias que despabilan.

Puedo reconocerme cada hora de la jornada forzándome a escuchar,
atravesando las quejas por la recurrencia del malestar, en un andar
que enuncio habitualmente como un optimismo incorregible.

Volviendo al inicio del relato, buscando como perro de presa en las
migajas anuncios que con retroactividad serán nexos, construyendo la
lógica de los sueños, atenta para que los traspies del discurso hablen:
me canso.

Mientras tanto sigue la vida.

Los hijos, la comida, el timbre, el teléfono, el amor.

También, y a la par, algunos se van y otros llegan. Sabemos de aquéllos
por sus relatos y a veces padecemos una penosa distancia al saber
casualmente de sus avatares, bajo la estática de la impotencia, sin jamás
dejar de sentirnos responsables: eso sí, siempre del fracaso.

Tenemos la vida atravesada por nuestra elección, por esa mirada
que inunda lo cotidiano incomodando a los que nos acompañan.
Y nosotros, como una vez dije, no siempre "bien gracias".

Noviembre de 1997